

## **PALABRAS DE MIGUEL LEÓN-PORTILLA, AL RECIBIR LA MEDALLA "BELISARIO DOMÍNGUEZ" EL 7 DE OCTUBRE DE 1995**

Aportación de: Rosana Torres

Señor presidente de la República,  
doctor Ernesto Zedillo Ponce de León

Señor presidente de la Mesa Directiva del Senado,  
licenciado Eugenio Ruiz Orozco

Señor presidente de la Suprema Corte de Justicia,  
licenciado José Vicente Aguinaco Alemán

Señor presidente de la Cámara de Diputados,  
Pablo Moreno Cota

Señoras y señores miembros del Senado de la República

Señoras y señores secretarios de Estado

Señor gobernador del Estado de Chiapas,  
licenciado Julio César Ruiz Ferro;

Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,  
doctor José Sarukhán Kermes

Señoras y señores:

Comenzaré recordando —es decir trayendo al corazón y a la memoria— a Belisario Domínguez, chiapaneco magnánimo y ejemplar que, con la verdad y la fuerza de su clamor, se expuso al sacrificio y fue privado de la vida hace hoy justamente 82 años. Creía él en la democracia, la justicia y la libertad. Y tan hondo aprecio tenía por ellas que, cuando las vio pisoteadas, actuó con el don supremo del hombre, la

palabra —portadora del pensamiento, soplo y signo que hacen posible la comunicación— e hizo denuncia del usurpador y tirano.

Más de una vez había hecho resonar su palabra de fuego en el Senado. Al agravarse la situación, preparó meditado discurso en el que denunciaba crímenes y exigía la renuncia del tirano. El Presidente del Senado, temeroso, le impidió lo pronunciara. Don Belisario hizo imprimir entonces clandestinamente, auxiliado por la joven María Hernández Zarco, aquello que no se le dejó pronunciar. Como un reguero de pólvora se difundió su denuncia, conmocionando a la sociedad y al gobierno espurio que no encontró otra forma de acallarlo que dándole muerte.

El Senado Mexicano ha reconocido públicamente el mérito en grado heroico de Belisario Domínguez. En testimonio de ello acordó erigir en el patio central de ésta su sede, una escultura de bronce que lo representa de cuerpo entero. Descubierta en 1960, ostenta en una placa esta leyenda: “Libre por la Patria libre. A Belisario Domínguez”. En otras tres placas puede leerse su palabra de denuncia, ésa, por cuya enunciación se entregó al sacrificio.

Sé que esta presea Belisario Domínguez, instituída en su memoria, se ha concedido a mujeres y hombres que se han distinguido en el servicio a México. La han recibido como reconocimiento a lo realizado a lo largo de su fecunda existencia y por ello, casi siempre, al tiempo de su senectud. Quiero pensar que, en mi caso, quienes me confieren esta presea, que acepto con hondo reconocimiento, no han considerado que sea yo un *huehue* o anciano sino alguien que debe seguir trabajando —siquiera otra veintena de años— comprometido con las causas que más hondamente conciernen al ser de México y los mexicanos.

Me alegra constatar que el Senado que me otorga esta distinción es hoy pluripartidista y que los miembros de los varios partidos votaron unánimemente al tomar esta decisión. Por mi parte quiero manifestar que con plena conciencia de mis obligaciones y derechos de ciudadano, he comprometido mi vida con otra institución. A lo largo de cerca de cuarenta años he estado al servicio de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ella ha sido mi partido. En ella estudié y en ella he sido y sigo siendo maestro e investigador. Fui por doce años director de uno de sus institutos y asimismo, durante otros once, miembro de ese cuerpo colegiado que tantas veces ha contribuido a salvaguardar su integridad; me refiero a su Junta de Gobierno. Como universitario he estado comprometido y ahora refrendo mi compromiso con México, su historia, su cultura, su ser social y, en suma, su realidad plena.

Nuestro país, señor presidente, señoras y señores integrantes del Senado, vive hoy tiempos difíciles. Negarlo o soslayarlo sería tan riesgoso y absurdo como decir de un enfermo que goza de cabal salud. Belisario Domínguez, como médico que era y como ciudadano comprometido, se preocupó en su contexto histórico de la salud de la nación: su situación social, económica y política. Recordemos que ya desde 1903, en un libro que publicó, puso al descubierto y diagnosticó el mal de la desgarradora desigualdad e injusticia sociales que prevalecían en Chiapas, su estado natal.

Conociendo su recia figura, podemos estar ciertos de que, si hoy viviera, no solo compartiría con nosotros las preocupaciones que nos aquejan, sino que elevaría su voz en busca de respuestas. Creo por esto pertinente rendirle homenaje no con ditirambos sino compartiendo con ustedes algunas reflexiones sobre nuestra problemática actual y el destino de nuestra patria.

En la realidad social de México las desigualdades, muchas veces lacerantes, perduran y en ocasiones se agravan. Somos un país bendecido por la naturaleza: dos millones de kilómetros cuadrados con una gran variedad de climas que hacen posibles la agricultura y la ganadería; tenemos casi diez mil kilómetros de costas y un inmenso mar patrimonial rico en recursos pesqueros; nuestro subsuelo es pródigo en minerales y, como dijo Ramón López Velarde, el diablo nos escrituró el petróleo. ¿Por qué en esta tierra nuestra con éstos y otros muchos recursos no hemos podido abatir la desigualdad, la pobreza y más aún la miseria?

Los millones de indígenas, descendientes de los más antiguos dueños de esta tierra, siguen siendo los más desposeídos. Sobreviven en regiones de refugio con sus lenguas y culturas, vistas por muchos con desprecio y a veces con el deseo de que desaparezcan como tales. Cuando se conmemoró en 1992 el tan traído y llevado Quinto Centenario, varios dijimos que había algo que sin reticencias podíamos celebrar: la perduración de los indígenas que, a pesar de montañas de injusticia, mantenían vivas sus lenguas, sus tradiciones, su sentido comunitario, su cultura.

Y han sido los indígenas —a veces inducidos por otros que no lo son— quienes han sacudido la conciencia nacional y también las de otros países con un aldabonazo que ha hecho recordar su presencia y su voluntad de ser dueños de su destino. La historia mantiene viva la lección. Fue en Chiapas donde se escuchó el clamor de justicia de fray Bartolomé de las Casas. Fue también en Chiapas donde en repetidas ocasiones los indígenas empuñaron las armas en defensa de lo suyo, sus tierras y cultura en los siglos de la colonia y de México independiente. De Chiapas vino Belisario Domínguez. Chiapaneca fue también la escritora e indigenista Rosario Castellanos. Y en Chiapas se han escuchado de nuevo clamores que han despertado muchas conciencias haciéndoles recordar que en México, América Latina, Asia, África, e incluso en no pocos lugares de Europa, perduran la marginación, la desigualdad, la pobreza, la injusticia.

Y si volvemos ahora la mirada no ya a los grupos minoritarios y más desposeídos, sino más ampliamente a la sociedad mexicana, fuerza es que nos demos cuenta de que, durante las décadas más recientes, su situación lejos de mejorar, se ha deteriorado. La explosión demográfica —cuya mención es un tabú para muchos— si bien no ha sido la causa de los problemas, sí los ha multiplicado en forma impresionante. Soslayar esto tendría consecuencias extremadamente graves.

Las gentes del campo, al no poder satisfacer allí sus necesidades más elementales, emigran a las ciudades. Estas han crecido y siguen creciendo en forma incontenible. Nuestra capital tenía cerca de un millón de habitantes en los años treinta. Hoy sobrepasa los veinte millones y es la más grande del planeta. También

Guadalajara, Puebla, León, Morelia, Querétaro, Acapulco, y en el norte Monterrey, Tijuana, Mexicali, Juárez y otras muchas continúan creciendo de manera alarmante. ¿Cómo podrán los gobiernos municipales, estatales y federal atender las cada vez más grandes demandas de energéticos, agua, abasto alimenticio, habitación, lugares de esparcimiento, educación, puestos de trabajo, transporte público, mejoramiento ambiental, seguridad y tantos otros apremios de millones y más millones que llegan para subsistir en condiciones de hacinamiento, en barriadas que son cinturones de miseria? ¿Y qué decir de los más de 20 millones de hermanos nuestros que, por no encontrar en su patria trabajo adecuadamente remunerado, han cruzado, ellos o sus padres, la frontera de nuestro vecino del norte?

¿A qué achacar las carencias que nos saltan a la vista? Pronto seremos cien millones, sin contar los otros veinte más allá de la frontera. ¿Hemos de pensar que sólo viviendo de prestado será posible mal atender tal cúmulo de necesidades? Vivir de prestado era expresión que muchas veces escuché cuando era chico. Las deudas te comen, decían mi abuela y mi madre. Si no tienes para comprar tal cosa, no la compres. Cíñete a lo que tienes, ahorra y serás feliz. Pienso que ellas sí eran buenas economistas.

Y, ¿por qué vivimos de prestado? ¿Por qué más grandes que los préstamos siguen siendo todavía las pobrezas y miserias que afligen a gran parte de los mexicanos?

En busca de respuestas, como lo hacía don Belisario Domínguez, pienso en algunas de las raíces de nuestros males. La marginación de muchos ha traído consigo grandes dificultades de acceso a la educación, no digo ya a la superior o media, sino incluso al ciclo completo de la primaria. La deficiencia en la educación ha redundado en escasa preparación para el trabajo. Ello ha permitido las expoliaciones, desigualdades y corrupción, haciendo a la vez distante la posibilidad de la democracia. Ha traído la penuria y ésta, acompañada de ignorancia en la planeación familiar, ha multiplicado las bocas y los problemas. Las ciudades han crecido no como centros de producción sino de carencias, con servicios pésimamente remunerados, ambulante, inseguridad y nuevas formas de marginación.

Y, fuerza es repetirlo, ¿cómo es posible que en un país grande y dotado de abundantes recursos, perduren sin solución y se acrecienten estos requerimientos y miserias? Don Belisario señaló con dedo de fuego la injusticia y la corrupción, entre las más hondas raíces de nuestros males. Creo compartir con ustedes el convencimiento de que en la educación de las grandes mayorías y también de los millones de indígenas, en consonancia con su propias culturas, está la clave para consolidar los cambios. La sociedad que ha tenido acceso a la educación, se capacita para el trabajo, adquiere conciencia del medio en el que vive; busca la superación; lucha por elegir libremente a sus gobernantes y, por tanto, para ejercer la democracia, denunciar la injusticia y abatir la corrupción.

Lepra y plaga que corroe el ser mismo de la sociedad es la corrupción. Como un pulpo de incontables tentáculos está presente entre nosotros. En ella ha de buscarse el origen de crímenes hasta ahora no esclarecidos. Agravada muchas veces por esa otra peste, el narcotráfico, en la que imperan los más tenebrosos intereses de

bandas internacionales, la corrupción es capaz de hacernos perder el rumbo, volviendo quimérico cualquier proyecto de desarrollo sostenido. Tan grave sería continuar viviendo de prestado, como hallarnos permanentemente en la mira del vecino poderoso que, con los argumentos de la corrupción y el narcotráfico, busca intervenir en lo que sólo a nosotros concierne.

Hasta aquí, teniendo en la mente la figura de don Belisario, hemos reflexionado conjuntamente sobre algunos de los males que nos afligen. En mi condición de historiador, y un poco también de antropólogo y humanista, quiero proseguir la reflexión con ustedes. Para vislumbrar las posibilidades del presente y del destino que puede alcanzar un pueblo, es necesario atender a los procesos en que se ha ido formando. En México tenemos una experiencia histórica de siglos y milenios.

En nuestro transitar por el mundo no hemos sido ni somos pasajeros sin equipaje. Tenemos una larga y compleja pero también luminosa memoria, aunque a veces parece que la estuviéramos perdiendo. Pensemos en el universo de creaciones, muchas extraordinarias, de que fueron capaces nuestros antepasados indígenas. Desde varios siglos antes de la era cristiana, los olmecas dieron principio a la vida urbana en el nuevo mundo y esculpieron grandes monumentos no pocos con inscripciones; a su vez los mayas en medio de la selva o en las riberas de grandes ríos, como el Usumacinta, edificaron más de un centenar de ciudades que hasta hoy nos asombran; en el altiplano central surgió la gran metrópoli de Teotihuacán, ciudad de los dioses; en tierras de Oaxaca la fortaleza y centro de Monte Albán.

Tenemos muchos testimonios de la civilización que floreció en la vasta geografía de Mesoamérica. En su larga historia hubo crisis y también renaceres. Al esplendor de los tiempos clásicos siguió la época de los toltecas hasta la entrada en escena de los mexicas que, en alianza con otros pueblos, expandieron su poder y su cultura, levantaron ciudades, fomentaron las artes, abrieron grandes rutas de comercio y erigieron su gran metrópoli que tanto maravilló a Hernán Cortés y luego a incontables europeos.

A los antepasados indígenas debemos la invención del concepto de cero y de sistemas calendáricos, como el solar, un diez milésimo más preciso que el hoy vigente en buena parte del mundo después de la corrección gregoriana. También desarrollaron ellos la escritura, inscripciones en monumentos, y pinturas con caracteres en sus libros y códices hechos en papel de amate, fibra de maguey o piel de venado curtida como pergamino. Gracias a los mesoamericanos podemos afirmar que México ha sido a través de milenios tierra de libros, en la que hubo escuelas y floreció la cultura. A la educación transmitida en esos recintos en que había libros y maestros, se debió que los antepasados indígenas avanzaran a lo largo de su existencia con confianza en sí mismos. Se guiaban a la luz de la antorcha que, de mano en mano, portaban sus sabios y maestros, los que han dejado el testimonio de su palabra que hoy estudiamos con aprecio y veneración.

Es cierto que la invasión de los hombres que llegaron de más allá de las aguas inmensas, alteró profundamente a la civilización de Mesoamérica. Pero tiempo es ya de que ponderemos con perspectiva más amplia lo que entonces ocurrió. En los

milenios de la historia ha habido muchas confrontaciones comparables con la que en tierras mexicanas y en general en las del Nuevo Mundo se dejaron sentir. Pensemos en las campañas de Alejandro Magno que, desde Grecia, penetró hasta la India. Recordemos lo que fue la expansión de los romanos que conquistaron todo el ámbito del Mediterráneo, desde Hispania hasta el Asia menor y que, por el norte sujuzgaron las Galias y Germania e invadieron las islas Británicas. Y no olvidemos tampoco las invasiones de los bárbaros que, destruyendo por doquiera, volvieron a mestizar a muchos pueblos del Viejo Mundo y fueron ingrediente insuprimible en el surgimiento de los modernos estados nacionales.

Un proceso, en muchos aspectos comparable, se desarrolló también en nuestro ser histórico. Más allá del trauma, se forjó así el ser de la mayoría de los modernos mexicanos. Es verdad que en los tres siglos de la que se llamó Nueva España hubo enfrentamientos entre indios, españoles y negros, desigualdades, otras injusticias y crisis económicas, pero también se dejó sentir la presencia y la palabra de humanistas que se interesaron y lucharon por los vencidos. Hubo grandes creaciones no sólo materiales sino también espirituales.

Se edificaron catedrales, conventos y palacios, en los que hoy llamamos centros históricos de ciudades como la de México, Puebla, Querétaro, Morelia, Guanajuato, Guadalajara, Oaxaca, San Luis Potosí, Zacatecas y tantas otras. Y asimismo se construyeron escuelas, colegios de altos estudios, universidades. En colegios como los de Santa Cruz de Tlatelolco, Tiripetío y San Nicolás en Pátzcuaron, estudiaron indígenas teniendo como maestros a sabios españoles y a otros de sus propias comunidades. En esos colegios hubo encuentro de culturas, jóvenes indios hicieron suyo lo mejor del humanismo renacentista —artes, latín, literatura, filosofía, historia— guiados por varones como Bernardino de Sahagún, Andrés de Olmos, Alonso de la Veracruz y muchos más. Estos aprendieron a su vez de los sabios indígenas su antiguo saber farmacológico y médico; sus conocimientos acerca de la naturaleza; sus normas morales que tanto admiraron; arte, cómputos calendáricos, escritura glífica, historia, cartografía y, en suma, lo máspreciado de su cultura. Gracias a lo que en esos colegios se enseñó, se aprendió e intercambió, se conservan testimonios tan valiosos como los que integran la *Visión de los vencidos*, los *huehuehtlatolli*, “la antigua palabra” de los ancianos y sabios; mapas indígenas, herbarios como el *Códice Badiano*, textos como los del llamado *Códice Florentino*, los himnos sacros, la poesía de hombres como Nezahualcóyotl, cuyo rescate inició mi maestro Angel María Garibay con hondo sentido humanista.

La introducción de la imprenta en 1593 refrendó el merecido título de “México: tierra de libros”. Varios centenares se imprimieron en el siglo XVI, muchos de ellos en náhuatl, purépecha, zapoteco, mixteco, huasteco, otomí y otras lenguas. Hubo entonces obras escritas e impresas en esta tierra sobre lingüística (gramáticas y vocabularios), medicina, derecho, filosofía, arte de construir barcos y navegación, técnicas militares, clásicos latinos, diálogos de humanistas, tratados de cosmografía, a la par que otras de contenido teológico, doctrinas, confesionarios y catecismos.

Recordaré también los nombres de algunos sabios indígenas que siguieron escribiendo en sus lenguas: el maya Gaspar Antonio Chi, las nahuas Tezozómoc y Chimalpan, el purépecha Antonio Huitziméngari.

A la Universidad, que abrió sus puertas en 1553, concurrieron españoles, criollos, mestizos e indígenas. Allí enseñaron humanistas de la talla de Francisco Cervantes de Salazar y Alonso de la Veracruz. Surgieron colegios, antecedente de otras universidades, en Guadalajara, Puebla, Mérida y Valladolid de Michoacán. Las escuelas de los frailes para niños y niñas, incluyendo a los indígenas, los colegios de estudios superiores y las universidades —en otras palabras, los focos de educación— dieron cimiento a lo que sería luego el florecer novohispano. En él sobresalieron cronistas como Juan de Torquemada; cosmógrafos e ingenieros como Enrico Martínez; genios de la literatura, Sor Juana Inés de la Cruz, Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Singüenza y Góngora.

Hubo riqueza derivada de la minería y de las grandes explotaciones agrícolas y ganaderas. El caballo y la charrería formaron parte de la cultura nacional. La expansión hacia el norte llegó a dar al país más de cuatro millones de km<sup>2</sup>. El comercio permanente con el Asia a través del Galeón de Manila y el de Veracruz a Sevilla y luego a Cádiz, hicieron de México centro de intercambios entre los tres continentes. La explosión exhuberante del arte barroco, en la arquitectura, la música y en toda la cultura matizó el modo de ser de los mexicanos. Tonantzin-Guadalupe, desde tiempo atrás era símbolo, flor y canto, motivo de encuentro y convergencia de pueblos de orígenes tan distintos.

Antecedente ya el más cercano del nacimiento del México independiente fueron las lecciones y obras de humanistas, entre ellos el historiador Francisco Xavier Clavijero, los filósofos Rafael Campoy y Benito Díaz de Gamarra, los científicos José Antonio de Alzate, Andrés del Río y Fausto de Elhúyar, descubridores, respectivamente, del vanadio y del tungsteno. Las aportaciones de éstos y otros muchos provocaron la admiración de Alejandro Humboldt y motivan también la nuestra. México en víspera de su independencia era dueño de dos ricas herencias de cultura: la indígena y la novohispana.

Los padres de la patria no surgieron en un vacío de cultura. Miguel Hidalgo fue maestro y rector del Colegio de San Nicolás, donde estudió a su vez José María Morelos, el Siervo de la Nación. Ellos, que tomaron las armas para alcanzar la libertad y la justicia, fueron pensadores y humanistas. Y también lo fueron otros como el doctor José María Luis Mora, doña Josefa Ortiz de Domínguez, don Carlos María de Bustamante, fray Servando Teresa de Mier y el doctor José María Cos.

A hombres de libros y estudio debemos la independencia. Otro tanto podemos decir de aquellos que lucharon por la Reforma y luego por mantener incólume la República: Benito Juárez, Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Francisco Zarco, Miguel y Sebastián Lerdo de Tejada, Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano. Tuvieron ellos confianza en la Justicia de su causa en medio de una de las mayores crisis cuando, con bayonetas extranjeras, se intentó suprimir para siempre a la República.

La nuestra es tierra de libros, donde la semilla del saber ha florecido a pesar de adversidades y hasta traiciones y miserias. Ya en el presente siglo volvió a haber mujeres y hombres que entrevieron lo que iba a ocurrir cuando las desigualdades y explotación de grandes masas de peones y otros asalariados, estaba a punto de colmar la última gota. Lo anticipó el sabio Justo Sierra, restaurador de la universidad y también Belisario Domínguez, los hermanos Flores Magón, Carmen y Aquiles Serdán, Andrés Molina Henríquez y, más que nadie, Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, profesionales en distintas disciplinas humanistas o científicas.

La Revolución Mexicana, en cuanto anhelo de transformación, se dejó sentir como la primera gran utopía del siglo XX. Más allá de la lucha que dejó cerca de un millón de muertos y por encima de lo que a algunos parecieron ciegas confrontaciones, hay en ella varios hilos que le confieren un sentido y un destino. Venustiano Carranza, con Luis Cabrera e Isidro Fabela; Francisco Villa con Martín Luis Guzmán, y Emiliano Zapata con Otilio Montaña y Antonio Díaz Soto y Gama entre otros, reflexionaron sobre la significación de su lucha, sus propósitos e ideales.

Culminó la revolución con aportaciones que han tenido resonancia en el mundo entero. Pienso tanto en la nueva arqueología como sobre todo en la antropología social en la que fueron pioneros y maestros Manuel Gamio, Alfonso Caso, Gonzalo Aguirre Beltrán, revelación de un universo cultural; en el arte de la pintura mural, Rivera, Orozco, Siqueiros, Tamayo y otros muchos, en el surgimiento de una nueva literatura con creadores como Mariano Azuela, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Martín Luis Guzmán, Octavio Paz, Rosario Castellanos, Juan Rulfo, Carlos Fuentes y tantos otros. Y también están las aportaciones en el campo del derecho. Las hay en el espíritu del articulado de la Constitución de 1917 y asimismo en formulaciones que han enriquecido la jurisprudencia internacional.

Se repartió la tierra y se emprendieron grandes obras para irrigarla. Las más apartadas regiones comenzaron a comunicarse. La paz empezó a florecer. La universidad, y en ella el saber, alcanzaron autonomía. Se legisló en favor de los obreros y se creó un sistema de seguridad social. El petróleo y otros energéticos volvieron a ser propiedad de la nación. Por su política exterior México se ganó el respeto de la gran mayoría de los países. Recibimos con los brazos abiertos a decenas de miles de perseguidos, entre ellos muchos españoles, que vinieron a sumar su esfuerzo al nuestro. Todo esto y mucho más guarda relación estrecha con lo que he llamado primera gran utopía del siglo XX, la Revolución Mexicana.

Señor presidente, señoras y señores integrantes del Senado, hemos reflexionado conjuntamente sobre nuestro legado de historia y cultura y también sobre nuestra situación presente. En tiempos difíciles, cuando algunos piensan que corremos el riesgo de extraviarnos, para reencontrar el camino y actuar con acierto, debemos reavivar la reflexión sobre nuestra coyuntura social, económica y política, precisamente en un ámbito de libertad que importa saber valorar.

He insistido en tomar conciencia de lo que hemos sido y somos. Triple es nuestro legado: esplendor de milenios en la civilización mesoamericana; forja de pueblos, creaciones innumerables y hermanamiento hispanoamericano en los tres

siglos de la Nueva España y, luego, luchas por la Independencia, la Reforma y la República, así como la primera revolución social del siglo XX en el mundo.

Como dirían los mexicanos de lengua náhuatl, tenemos un rostro y un corazón. Reconocemos que en nuestro ser nacional hay pluralidad de lenguas y culturas. Nuestra realidad plural, que es una a la vez porque todos somos mexicanos, se torna en riqueza y manantial de inspiración. Tierra de libros, mucho es lo que los mexicanos debemos aprender en ellos. Volvamos la mirada a los que aquí desde hace milenios se pintaron y escribieron y en los que a través de los siglos y hasta el momento presente dan fe de nuestro ser y cultura: cuál ha sido nuestro pasado, cómo se han afrontado las crisis, como en el concierto de las naciones tenemos merecimientos para ser respetados.

Es nuestra historia espejo mágico que nos muestra quiénes somos y de qué hemos sido capaces y, por ende, qué atributos tenemos para afrontar el presente y avizorar el futuro. La historia, la nuestra, contemplada no con enfoque patriotero sino realista y crítico, nos encamina hacia otra necesaria respuesta. Me refiero solo a aquello que puede hacernos responsables, capaces y libres: la educación en su sentido más amplio y noble. Bien valoraron su trascendental importancia hombres como José Vasconcelos, consumadas las luchas de la Revolución.

Es prioridad nacional concederle la mayor atención posible y proporcionarle todos los recursos al alcance, aún haciendo sacrificio en otras áreas. Debemos lograr que todo niño mexicano curse los ciclos completos de primaria y secundaria. Propiciar luego, bien sea la formación técnica o la preparación para las profesiones que con mayor urgencia requiere el país. Necesario es apoyar a la Universidad, la Nacional, suprema alma mater, ámbito de libertad, centro vital y cerebro en el que todo se refleja, repercute, se discute y se valora. Y otro tanto debe afirmarse de las demás universidades en la capital y en los distintos estados, todas llamadas a ser núcleos de excelencia, al igual que los institutos, entre los que sobresale el Politécnico Nacional. Hay que mantener abiertas las puertas a cuantos tengan la capacidad para formarse y crear para ello, porque es necesario, otras universidades, institutos y centros de docencia e investigación.

Logro alcanzado en las décadas recientes ha sido la formación de cuadros de profesionales e investigadores en varias ramas del saber. Aprovechar sus conocimientos es también de interés prioritario. Sólo así podrá superarse esa otra manera de vivir de prestado que es la del saber y la técnica desarrollados más allá de nuestras fronteras. La educación, los conocimientos y la formación que a través de ella pueden adquirirse, sin ser inmediata panacea, abrirán en definitiva el camino a la respuesta que todos buscamos. Hombres y mujeres preparados, responsables, con sentido crítico y conciencia del legado de su historia y cultura, integrarán un pueblo decidido a liberarse de vivillos y corruptos, dueño de su presente y previsor en la forja de su destino.

El mexicano será libre, en toda la extensión de la palabra, creará en la democracia y la justicia que hará suyas. Como lo expresa el lema de El Colegio Nacional, al que me honro en pertenecer, alcanzaremos entonces la "Libertad por el

Saber”, formulación nuestra de aquello mismo que proclamó Pablo de Tarso: “la verdad os hará libres”. Por la verdad luchó y murió Belisario Domínguez y antes y después de él otros muchos en esta tierra nuestra.

Más grande que los nubarrones que hoy oscurecen nuestra vida ha de ser nuestra esperanza. Los historiadores lo sabemos: a través de siglos y milenios transcurre en altibajos la existencia de pueblos y naciones. La circunstancia nuestra es hoy difícil. Parecería a veces que estuviera aquí en peligro el que es atributo exclusivo del hombre: llegar a ser dueño de su destino. Por ello importa recordar que poseemos un rico legado y hay entre nosotros maestros en la ciencia, el arte, la filosofía política y el humanismo, capaces de contribuir en la búsqueda de una respuesta firme a los retos que tenemos por delante. Quienes hoy nos gobiernan lo saben y deben tenerlo presente. Busquemos la forma de trabajar juntos. No es posible que el tiempo se nos vaya de las manos. Sea ésta una llamada a la conciencia. México lo exige. Atendamos a su demanda. Recordemos que sólo el saber hace realmente libres a los hombres, y que el escuchar y saber dialogar es requisito para acceder a la democracia y la justicia.